

SOBRE EL LABERINTO

NÉSTOR A. DOMÍNGUEZ

*La vida jamás es un camino ancho y recto por el cual
podamos caminar confiados y seguros.
La vida está condicionando nuestro andar en el laberinto.*

Capitán de Fragata Médico Constantino Núñez Castelao,

Pasos en el laberinto (1), pág. 55.

Una anécdota en el recuerdo

Cuando navegábamos orgullosos en el destructor ARA *Hércules* hacia nuestro país para incorporarlo a nuestra Flota de Mar, hicimos una escala en Río de Janeiro y allí se embarcaron dos periodistas de la revista *Somos* para acompañarnos hasta nuestra escala en el puerto de Buenos Aires. Según lo coordinado con la Secretaría General Naval ellos harían reportajes en relación con lo que representaba el buque como nuevo componente de nuestro poder naval. Por una u otra razón el Jefe del Departamento Propulsión, el entonces Capitán de Corbeta José Luis Peñafiel, no sabía de su presencia a bordo.

Al salir del puerto de Río de Janeiro, como es bastante frecuente, nos vimos enfrentados a un temporal en el Golfo de Santa Catalina y, pese a las aletas antirrolido, el buque se vio sometido a fuertes movimientos de rolido y cabeceo. Los pobres periodistas, no acostumbrados a la navegación, se vieron terriblemente afectados por la situación y sería poco elegante describir su estado físico y mental en esas circunstancias. Alguien les recomendó salir a tomar aire a cubierta para evitar males mayores en la Cámara de Oficiales. Así lo hicieron y se encontraron frente a frente con el mencionado Capitán Peñafiel; éste, que como dije no los había visto antes, les preguntó a boca de jarro: "Ustedes ¿quiénes son?". La entrecortada respuesta fue: "Periodistas de la revista *Somos*. Ni lerdo ni perezoso nuestro hombre les dijo: Ustedes en realidad son periodistas de la "Revista *Éramos*".

Siempre recuerdo esta anécdota porque, más allá de la graciosa situación, encierra una cruda realidad de los argentinos que se viene transformando en un verdadero problema ontológico magistralmente resumido en el trágico "Ser o no ser" ("To be or not to be") shakesperiano.

El encrespado mar de la historia nos viene sacudiendo hace más de 50 años y realmente parece que estamos dejando de ser para refugiarnos en un pasado que ya no es. En realidad, ya no parecemos ser lo que éramos, y entonces nuestro tradicional orgullo debe centrarse en un pasado que, para muchos, fue mejor.

El Capitán de Navío (R) Néstor Antonio Domínguez egresó de la ENM en 1956 (Promoción 83) y pasó a retiro voluntario en 1983. Estudió Ingeniería Electromecánica (orientación Electrónica) en la Facultad de Ingeniería de la UBA y posee el título de Ingeniero de la Armada. Es estudiante avanzado de la Carrera de Filosofía de dicha Universidad. Actualmente es Asesor del Estado Mayor General de la Armada en Materia Satelital, Consejero Especial en Ciencia y Tecnología y Coordinador Académico en Cursos de Capacitación Universitaria, en Intereses Marítimos y Derecho del Mar y Marítimo, del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada, Académico Fundador y Secretario de la Academia del Mar y profesor, investigador y tutor de proyectos de investigación en la Maestría en Defensa Nacional de la Escuela de Defensa Nacional. Ha sido miembro de las Comisiones para la Redacción de los Pliegos y la Adjudicación para el concurso internacional por el Sistema Satelital Nacional de Telecomunicaciones por Satélite NAHUEL y para la redacción inicial del Plan Espacial Nacional. Es autor de *Satélites* (en dos tomos), *Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable* y *Un enfoque Sistémico de la Defensa* (en tres tomos) y de numerosos ensayos sobre temas del mar, electrónica, espacio ultraterrestre, ecología y filosofía publicados en revistas del país y el extranjero.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 814

Mayo/agosto de 2006

Recibido: 9.9.2005

(1)

Constantino Núñez Castelao, *Pasos en el laberinto*, Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, 1985, 181 págs.

Los cuatro problemas ontológicos de los argentinos

Nuestro indiscutido prócer, General Don José de San Martín, tuvo una expresión terminante y premonitoria para los argentinos: “Serás lo que debes ser o si no no serás nada”. Un breve y somero análisis de este enunciado nos coloca en una difícil situación entre la metafísica, que entiende en las cuestiones del “ser”, y la ética, que se nutre de las cuestiones del “deber ser”.

Los periodistas afectados por el temporal ya no parecían, ante los ojos del marino, seres existentes en todo el sentido de la palabra, sino seres que habían sido y que ya no eran. Su revista ya no era sino que había sido porque sus periodistas ya no parecían seguir siendo.

Dejando de lado este juego de palabras, tramado alrededor de la conjugación del verbo ser, y volviendo a nuestro máximo prócer y a su planteo ético-metafísico, debo decir que la ética también se ocupa del obrar humano y que, por lo tanto, uno sigue siendo en la medida en que obra en el sentido del deber ser y del hacer. Nos identificamos a través de nuestra moral y de nuestro trabajo, por nuestra manera de ser en el mundo, y, de esta forma, modificamos, para bien o para mal, la realidad que nos toca vivir. Así es la traza que dejamos a nuestro paso. Si no actuamos no dejamos huella de nuestro vivir y nuestra existencia es sólo de carácter biológico.

El derecho y la política, de lo que tantos argentinos se ocupan, se fundan en la ética. En cierto modo el derecho establece cómo debemos ser y los políticos, a través de políticas activas planificadas por los estrategas, encauzan nuestro obrar para que realmente “seamos lo que debemos ser”.

Me pregunto: ¿los argentinos somos lo que debemos ser? o, como los periodistas de nuestra anécdota, fuimos.

Veamos cuáles son los cuatro síntomas del “mal de mar” que nos marea y que, a mi entender, nos hace perder el rumbo hacia el que podría ser nuestro destino, nuestro **“ser argentino”**:

Primer síntoma: nuestro afán por la historia

Como lo he expresado en otros escritos, en épocas de aceleración de la historia, la historia ya no es tan maestra de la vida como antes lo era. Como dijo el poeta Paul Valery, “el futuro ya no es lo que solía ser”. Puestos en el presente, nos encontramos pues entre dos enormes espacios de tiempo, uno que fue y otro que todavía no es.

Estamos ante la necesidad de tomar profundas determinaciones que, como todas ellas, no afectarán nuestro pasado, porque éste es como fue y no de otra manera. Es inmodificable aunque los historiadores y cada uno de nosotros, desde nuestros propios presentes y subjetividades, podamos verlo de distintas maneras.

Sólo nos queda el expediente de incidir sobre nuestro futuro, porque a éste lo podemos modelar desde ahora. Las leyes que puedan elaborar nuestros legisladores y aplicar nuestros jueces, las políticas activas que puedan concretar nuestros políticos y las ilusiones que podamos tener sobre nuestras vidas individuales siempre se proyectan hacia el futuro. Lo que podemos recordar está congelado en el pasado y sólo podemos decir la verdad, mentir o fantasear sobre ello.

Por de pronto digo que es necesario apelar a la imaginación y a la innovación para que el intelecto y el obrar de algunos, los que son capaces de generar nuevas ideas y acciones, nos permitan enfrentar un futuro que se nos viene encima. Si no somos capaces de cultivar la excelencia, a través de un nuevo sistema educativo que debemos diseñar ya, para que surjan esos dirigentes creativos, nos digan lo que tenemos que hacer y lo ejecutemos bajo su dirección, no tendremos futuro.

Nuestras instituciones y empresas necesitan de una nueva clase dirigente que sepa guiar al pueblo hacia un destino mejor. Dicha clase se forma en una universidad en la que se transfieran los conocimientos y habilidades profesionales de los profesores a alumnos comprometidos con su país y no en una universidad de masas en la que se nivela para abajo en una extraña mezcla informe de profesores, alumnos y no docentes en permanente cuestionamiento de todos y de todo. La universidad se denomina así porque tiene en cuenta lo universal y trascendente y no las pequeñas cuestiones de la vida diaria.

La realidad, nuestra realidad, es que tenemos un afán enfermo por revivir un pasado que ya no es y una actitud contemplativa, más que proactiva, para construir nuestro futuro.

Esto no significa renegar de nuestra historia. Somos ahora porque fuimos en el pasado. La cuestión es cómo seguir siendo, cuando la historia se acelera y el poder externo se acentúa. Tenemos un Estado que muestra señales de debilitamiento institucional en todas sus instancias y eso crea una situación de peligro.

La primera enseñanza de la historia que quiero rescatar tiene que ver con lo que siempre ha pasado cuando se han advertido desde afuera diferencias de poder. En dichas circunstancias surgen los afanes de conquista por parte de los más poderosos. Esto es inherente a las apertencias humanas y sería necio de mi parte negar esta enseñanza de la historia.

Hay una diferencia entre las formas y los contenidos de la historia. Las formas de la historia obedecen a un espíritu humano que se mantiene en el tiempo y deben ser rescatadas a través, fundamentalmente, de la historia y de la filosofía de la historia. Los contenidos de la historia son analizados y ordenados por los investigadores de esta disciplina y forman parte de un pasado que es bueno rescatar pero sin hacer un culto excesivo de ello. Nos sobran las difíciles circunstancias del presente, como carga para la acción política de producir un futuro mejor a través de un desarrollo integral del pueblo argentino. El desarrollo integral, como lo señala Mario Bunge ⁽²⁾, requiere atender simultáneamente las cuestiones políticas, culturales, económicas y biológicas del país y de sus habitantes.

Siempre he encontrado gusto por visitar museos pero no he hallado allí las musas que me hayan inspirado lo suficiente como para imaginar el porvenir. Ellas ya no habitan los museos. Los museos tienen testimonios para que ejercitemos nuestra memoria del pasado; los testimonios están en el museo y la memoria está en nuestros cerebros. Carece de sentido hablar de los museos como lugares para la memoria o buscar allí las musas que nos van a inspirar sobre cómo diseñar nuestro incierto futuro. Un museo debe incluir todos los testimonios de la historia disponibles; si el interés de quienes lo imaginan es faccioso sólo servirá para revivir viejos rencores y ello no es valioso para que una nación siga existiendo como tal, tiende a su desintegración de la mano de una suerte de terrorismo histórico-cultural. Esta forma de ver la realidad debe ser desterrada de la sociedad como una manera de asegurar su supervivencia.

Debemos recapacitar respecto de que si San Martín fue lo que fue y dijo lo que dijo, es más porque hizo la historia, que ahora estudiamos desde la escuela primaria, que por haber estudiado e investigado la historia oficial que le contaban los españoles respecto de la conquista y colonización de América. Él no contó la historia ni se dejó dominar por el resentimiento, luchó por la libertad de los pueblos colonizados luego de una cruenta conquista. El perdón y el olvido siempre fueron los ingredientes principales de la construcción de la historia de los pueblos y de la vida en sociedad de los individuos. Si no se es capaz de perdonar y olvidar no se tiene futuro. San Martín fue lo que debía ser dentro de la situación histórica que le tocó vivir y construyó nuestro futuro independiente. No se puede ser libre e independiente si se vive atado al resentimiento y las culpas del pasado. Nuestro prócer máximo, antes que sentirse receptor de derechos, se hizo pasible de deberes respecto de su Patria; los asumió y los cumplió como ningún otro argentino después.

Ésta es una segunda lección de la historia que debemos aprender.

(2)

Mario Bunge, *Las ciencias sociales en discusión, Una perspectiva filosófica*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 573 págs.

Segundo síntoma: nuestro afán por poner límites

Este afán se demuestra históricamente tanto en lo geográfico como en lo legal. En este caso es necesario que, una vez establecidas las formas, pasemos atención a los contenidos.

La lucha histórica por los límites geográficos de nuestro país que, por ejemplo, ahora se enfoca en la acción conjunta de la Cancillería y la Armada por delimitar nuestra Plataforma Continental frente a la CONVEMAR, no es sólo algo que nos permita geoméricamente establecer un perímetro, una frontera, entre lo que es argentino y lo que no lo es. Lo que en realidad importa, luego de establecer nuestra forma geográfica, es el contenido, lo que queda dentro de los límites y si realmente cumplimos con la jurisdicción, el control, la exploración y la explotación de los recursos contenidos en los espacios territoriales y marítimos que quedan así delimitados.

Poco nos sirve el afán latino por poner límites legales y físicos a todos y a todo si después nos sumimos en un laberinto interno del cual no podemos salir porque hemos perdido el Hilo de Ariadna de la razón. Podemos interpretar esto como la pérdida de la capacidad de razonar según la lógica formal de las ciencias duras y según la lógica deóntica relacionada con el discurso de las ciencias humanas y sociales. Las decisiones de nuestra clase dirigente deben basarse en inferencias lógicas para poder sacar conclusiones y dar los pasos adecuados hacia la puerta del laberinto. La salida por arriba del laberinto es una utopía teológica, que muchos intentan desde religiones y sectas basadas en distintas expresiones de la fe. También puede ser ensayada una utopía filosófica. Pero en ningún caso se trata de una ucronía. Digo esto al observar el refugio en la fe que las grandes masas humanas buscan cuando ya no encuentran razón para sus vidas y el refugio en la verdad que algunos filósofos buscan sin encontrarlo. La felicidad que no se encuentra en un espacio geográfico se busca en "el más allá" del tiempo, en una vida futura mejor, o en la inasible verdad. Siempre ocurrió así en épocas de crisis y seguirá ocurriendo. Pero, es bueno tener en cuenta que los pobres siempre viven en crisis.

Es así como rescato lo pensado por Umberto Eco en relación con las **líneas** que queremos trazar, para limitar tanto el espacio geográfico como los espacios para la libertad de los seres humanos, para sumirnos finalmente en el **laberinto** del descontrol, por falta de los recursos humanos y materiales capaces de dar contenido real tanto a nuestra soberanía política como al imperio de la ley.

Tercer síntoma: nuestro afán por las palabras

Éticamente creo que podemos usar la palabra oral y escrita para criticar la situación en que nos encontramos cuando lo que expresamos tiene total coherencia con nuestro pensamiento al respecto y estamos realizando, simultáneamente, una acción concreta para corregir lo que criticamos. De otra manera mentimos, por decir lo que no pensamos, y somos indolentes por no abocarnos a la tarea de construir una realidad mejor. La mentira y la indolencia son desvalores respecto de la verdad y el trabajo, según una ética valorativa.

No nos sirven las palabras de los políticos mentirosos, que luego no son capaces de llevar a la práctica lo que prometieron en sus campañas y a través de su acción posterior como funcionarios.

Tampoco nos sirven las palabras de los juristas, legisladores, jueces y abogados que no se atienen a la Constitución y a las leyes en cuanto a una lógica deóntica en el discurso y en cuanto a su aplicación de la ley, en el hombre y la sociedad, a través de las técnicas correspondientes al poder de policía.

Cabe aclarar aquí ⁽³⁾ que la **deontología** es la ciencia de los deberes o teoría de las normas morales. Se trata de una ciencia empírica que se ocupa de la determinación de los deberes

(3)
José Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, Tercera Edición, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1.047 págs.

dentro de las circunstancias sociales para lograr el mayor placer posible (la mejor calidad de vida) para el mayor número posible de individuos.

Si los hombres y mujeres de la política y el derecho, en particular, y todos los hombres y mujeres del país, en general, no asumen su deber moral junto con la acción correspondiente para cambiar esto que estamos viviendo, no tenemos futuro. El reclamar derechos sin asumir deberes es injusto respecto de los que tienen una ética del deber grabada en sus espíritus.

Por ahora advierto que estamos más ligados con las palabras que con las cosas. No nos sirve el discurso sobre las cosas si no actuamos sobre ellas para mejorarlas. Estoy harto del discurso plañidero e insustancial sobre lo que nos pasa. Lo que más me duele es escucharlo de boca de los que nada hacen. Ellos buscan sobrevivir de cualquier manera, sin actuar en sentido constructivo y pretendiendo que todos sean iguales a ellos en un afán de nivelación hacia abajo. Se nos pretende incluir en un rebaño quejoso de los que se pliegan al pensamiento de que todos somos iguales en la desgracia. No señores, todos somos diferentes y debemos seguir a los mejores, no a los demagogos, que son la lacra de este pueblo. El nivelar hacia arriba tratando de ofrecer igualdad de oportunidades es la mejor política, pero los demagogos sólo la emplean para ellos mismos y su grupo de arribistas del poder. Su verdadero discurso no está en sus palabras sino en las crudas realidades que su acción disolvente producen.

Cuarto síntoma: nuestro afán por copiar lo otro y a los otros

Nuestro afán nivelador, no obstante, nos ha llevado a tratar de elevarnos en conjunto copiando lo que otros hacen de un país extranjero tomado como modelo, sin advertir que somos diferentes a ellos. No sólo todos los hombres somos diferentes individualmente y tenemos diversas imágenes del mundo en que vivimos. También son variadas las culturas que cultivamos los miembros de las distintas sociedades nacionales.

Podemos pensar en muchas variantes del proceso de globalización, la única que no admito es la de la cultura. Adhiero a lo "glocal", o sea, a esa extraña fusión de lo global con lo local como algo enriquecedor. Esto es así en la medida que lo local tenga un sentido cultural singular, firme, rico y, básicamente, ético y estético. Con esto quiero decir que es admisible cierto grado de transculturación cuando la sociedad comulga con una idea de una enculturación coherente y transmitida en forma intergeneracional.

Cuando se toman ideas, modelos, constituciones, costumbres, prácticas, tecnologías, etc. en forma acrítica y sin una experiencia y un acervo cultural propios debidamente consolidados, se puede perder el rumbo de la historia. Nosotros debemos construir nuestra propia historia, nadie lo hará en lugar nuestro. También debemos construir nuestra cultura con originalidad, sin imitaciones, confiados de nosotros mismos y tratando de ser mejores a través de un culto por la excelencia de todo lo que imaginemos, pensemos y hagamos. Ninguna copia es mejor que el original, la diferencia reside, ni más ni menos, en la originalidad de lo que surge por primera vez y que todos los mediocres quieren copiar y, en definitiva, no pueden hacerlo.

Muchos hombres sabios nos hablaron a los argentinos sobre la mediocridad: José Ingenieros, de su "hombre mediocre" ⁽⁴⁾; el gran filósofo español José Ortega y Gasset, de su "hombre-masa" ⁽⁵⁾, y el doctor Ramos Mejía, de su "hombre carbono" ⁽⁶⁾ y, de alguna manera, los definieron.

José Ingenieros define al hombre mediocre en los siguientes términos: "La psicología del hombre mediocre caracterízase por un rasgo común: la incapacidad de concebir una perfección, de formarse un ideal". "Son rutinarios, honestos y mansos; piensan con la cabeza de los demás, comparten la ajena hipocresía moral y ajustan su carácter a las domesticidades convencionales".

Ortega nos habla del hombre-masa de la siguiente manera: "Donde quiera ha surgido el hombre-masa del que este volumen se ocupa, un tipo de hombre hecho de prisa, montado nada

(4)
José Ingenieros, El hombre mediocre, Ramón J. Roggero y Cía. Editores, Buenos Aires, 1951, pág. 53.

(5)
José Ortega y Gasset, Obras Completas, Sexta Edición, Revista de Occidente, Madrid, 1963.

(6)
José M. Ramos Mejía, Las multitudes argentinas, 1ra. Edición, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1977, 235 págs.

(7)

José Ortega y Gasset, *Obras Completas, Sexta Edición, Tomo IV, La rebelión de las masas, Revista de Occidente, Madrid, 1963, pág. 121;*

(8)

José M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas, 1ra. Edición, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1977, pág. 37.*

más que sobre unas cuantas y pobres abstracciones y que, por lo mismo, es idéntico de un cabo de Europa al otro" (7); podríamos agregarle que lo mismo ocurre en América desde su cabo más septentrional en Alaska hasta el Cabo de Hornos.

Finalmente el doctor Ramos Mejía expresa: "A ese hombre de las multitudes deberíamos más bien llamarle el hombre-carbono, porque en el orden político o social desempeña, por su fuerza de afinidad, las funciones de aquél en la mecánica de los cuerpos orgánicos. La afinidad del carbono por su congénere, tal es la causa de la variedad infinita, de la multitud inmensa de las transformaciones del carbono, como la del hombre por sus iguales, para formar simples grupos unas veces, verdaderas multitudes, otras" (8). Vemos en su concepción que, considerando la forma en que los átomos de carbono de la química orgánica se unen, con cualquier otro átomo de carbono, nitrógeno, hidrógeno, etc., para formar cadenas de una "sustancia orgánica", aparece un interesante isomorfismo con la materia orgánica. El organismo así formado puede estar vivo y ser monstruoso. Puede ser un Minotauro que, en vez de comer carne humana, se alimente con la libertad de los pueblos sin que pueda existir un Teseo que lo mate.

En todos los casos estos hombres, que son la materia prima de las multitudes, ya se los denomine "mediocres", "masa" o "carbono", se unen conformando multitudes vociferantes capaces de vulnerar la meritocracia (gobierno obtenido en base al mérito), la Constitución y el orden republicano. El gobierno del pueblo por el pueblo, la "democracia", que se obtiene cuando un demagogo se hace con el poder en base al enorme número de estos hombres, que son copia unos de otros y se unen entre sí, se ha demostrado en todo el mundo que no funciona.

Tanto los demagogos como los "Teseos", que intentaron matar al "Minotauro", han sido desastrosos para el devenir político argentino. Necesitamos estadistas con el poder y el conocimiento que les brinda una visión amplia y profunda de los problemas del Estado moderno. Un estadista debe ser un líder de todo su pueblo, surgido en base a sus virtudes morales y políticas, éstas deben ser reconocidas por el pueblo en función de gestiones políticas exitosas en niveles inferiores de conducción. Los líderes populistas nunca fueron eficaces porque siempre han quedado atrapados en la informe masa orgánica que, más o menos sumisamente, los rodea.

Mis expresiones no deben ser interpretadas como de un nacionalismo extremo. Tampoco como antidemocráticas. Pienso en un país que sea realmente democrático, en pleno funcionamiento de sus tres poderes independientes en base a la gestión de funcionarios capaces y honestos, abierto al mundo, al conocimiento y la información. Sus ciudadanos lo serán en la medida que respeten, comprendan y usen las instituciones cumpliendo y haciendo cumplir la ley a sus mandantes. Estos ciudadanos deberán ser, en la medida de lo posible, diferentes, con identidad propia. Alejados de la mediocridad mediante una adecuada educación.

De otra manera caemos en una suerte de "adolescencia nacional" y la sociedad se maneja como esos jóvenes que no saben qué hacer con su vida, su intelecto y su cuerpo; que deambulan, todos iguales, vestidos a la moda, con partes de su cuerpo perforadas por extraños adminículos, en grupos de inadaptados y propensos al alcohol, la violencia y las drogas.

La maduración en la democracia creo que ha sido muy dura para muchos pueblos y el nuestro está pasando por ese proceso. La imitación de los que parecen haber encontrado la solución para su desarrollo integral creo que no sirve. Debemos sufrir el embate de las multitudes vociferantes como los periodistas de nuestra referencia inicial sufrieron el viento y el oleaje. Uno se hace marino navegando y ciudadano ejerciendo la ciudadanía pese a todos los embates de la política en un sistema que pretende ser democrático. No se es marino ni ciudadano por imitación.

Conclusiones

El primer laberinto del que tengo noticias es el de la alusión mitológica al palacio construido

en Creta por Dédalo para el Minotauro ⁽⁹⁾ y simboliza la encrucijada, la confusión, el desorden y el alejamiento de la fuente de vida. El rey Minos encerró a Dédalo, polifacético arquitecto, y a su hijo Ícaro en dicho laberinto. Para huir del encierro el padre hizo alas con plumas y cera. Salieron volando e Ícaro pretendió acercarse hacia el Sol, se le derritió la cera de sus alas y cayó al mar para terminar muriendo ahogado. Teseo fue mucho más valiente e inteligente, dado que entró en el laberinto desenrollando el hilo que le suministró Ariadna, mató al Minotauro (que se alimentaba de carne humana) y pudo salir del laberinto por su entrada.

(9)
Ídem (6).

No obstante su antigüedad el mito griego nos deja enseñanzas para el futuro. Los reyes Minos de la política nos han encerrado en un laberinto en el que nos enfrentamos todos los días con encrucijadas, confusiones, desórdenes y pérdidas de nuestra calidad de vida. El laberinto sólo sirve como refugio de corruptos, deshonestos y delincuentes.

¿Cómo salir con vida de una situación tan azarosa? La solución de Dédalo fue buena para él porque no pretendió alcanzar el Sol (la verdad absoluta y total, el misterio de la vida), como pretendió hacerlo su hijo, sino que empleó la técnica y se salvó. Las otras herramientas para salir nos las muestra Teseo: coraje para enfrentar al monstruo y lógica (formal y deóntica) para encontrar la salida práctica. Valor, teoría y práctica se unen en las enseñanzas de un mito histórico e imperecedero.

De lo anteriormente analizado debo concluir que nos hallamos perdidos en el laberinto de nuestra vida cotidiana, sin encontrar los verdaderos límites para nuestra acción en el mundo y profiriendo cada vez más palabras sin encontrar el sentido de las mismas en las cosas que hacemos, y también las que deshacemos, sin objetivos claros y la debida racionalidad necesaria para alcanzarlos y, de esta manera, salir de la situación histórica en la que nos hemos sumido.

Lo anterior va en camino de disolver nuestras instituciones aunque las mismas aparezcan como contenidas en los viejos edificios construidos por nuestros queridos abuelos, que bajaron de los barcos sin otro bagaje que su voluntad de trabajo y la responsabilidad de sus actos. Ellos actuaban regidos por muchas menos leyes pero con plena conciencia de su responsabilidad laboral, de lo que estaba bien y de lo que no debía hacerse. Ellos fueron lo que debían ser y se ampararon en una vieja Constitución que, para entonces, estaba vigente. Hablaban poco, hacían mucho y forjaron los límites de nuestra nación. Ellos pudieron salir del laberinto histórico del siglo XIX dentro del que se buscaba una organización nacional en medio de la lucha entre federales y unitarios. Era necesario encontrar sentido a las palabras de una Constitución Nacional que se buscaba hacer vigente en los hechos.

Como los periodistas de la anécdota que cité inicialmente, estamos mareados por un mar de leyes y palabras sin sentido y no alcanzamos a ver el límite del horizonte porque, en el temporal en que vivimos nos importa mucho más nuestro presente físico y económico que el futuro que dejaremos a nuestros descendientes. Nos aferramos al barco sin advertir que éste se hunde bajo nuestros pies y que la tripulación incluye a nuestros hijos y nietos.

Me pregunto: ¿estamos siendo lo que debemos ser? y, si no lo somos, ¿llegaremos a ser algo o nada?

Nuestro mundo del mañana debemos construirlo nosotros como lo hicieron nuestros abuelos. Debemos darle contenido a los viejos edificios que ellos hicieron y, más que limpiarles y pintarles la fachada (como lo hicimos con la Casa Rosada del lado que más se la ve) llenarlos con hombres y mujeres que encuentren un nuevo sentido a sus vidas a través del estudio, el trabajo y la reflexión responsables.

Se es siendo, se trata de una dinámica, de un sistema no de una estructura.

Si consideramos al país como un “organismo” que debe sobrevivir en el mundo que enfrentaremos de ahora en más necesitamos materia, energía e información en una dinámica de

máximo intercambio entre nosotros y el mundo externo. Por una gracia del destino Dios nos ha dado materia más que suficiente para tener una buena calidad de vida, debemos encontrar la manera de producir y reproducir la energía y, lo que hagamos con la información, es un problema de conocimiento y comunicación a resolver por nuestro sistema educativo y la creación de los medios de comunicación necesarios para nuestra integración física y espiritual como nación.

El sistema educativo necesario nos debe infundir ideales y crear hábitos de: obtención permanente del conocimiento (dado que lo que debe conocerse cambia permanentemente); voluntad esforzada y responsabilidad en el comportamiento social y del trabajo (como deberes ineludibles frente a la sociedad); respeto por el prójimo y las leyes (que deben ser pocas, sabias y aplicables con eficacia) y actitudes proactivas respecto a nuestra vida y la vida nacional (para construir una mejor calidad de vida personal y social en el futuro). Si adquirimos todo eso podremos reclamar por nuestros derechos. Los derechos son concomitantes culturales de los deberes que tenemos para con nosotros mismos y la sociedad en la que vivimos. Como decía John Fitzgerald Kennedy, no hay que pensar qué es lo que puede hacer el país por nosotros sino qué es lo que nosotros podemos hacer por el país.

En nuestro país son demasiados los que se quejan por la situación sin hacer nada por mejorarla. Según su esfera individual de responsabilidades.

Nos encontramos en un laberinto sin tener el Hilo de Ariadna de la racionalidad que nos ayude a salir de él.

En estos casos ocurre como cuando se va por un camino y se lo encuentra totalmente obstruido. Las opciones son: salir del camino y retomararlo después, destruir el obstáculo para poder pasar, cavar un túnel para pasarlo por debajo o saltar, con gran agilidad, para pasarlo por arriba. Las connotaciones morales de cada opción a nivel nacional al respecto de estas opciones serían; salir del camino significaría abandonar definitivamente las normas o irse del país porque no se le ve solución al hecho de tener que seguir viviendo en él, la destrucción del país porque se apela a la violencia ante la injusticia social, seguir cultivando la cultura del incumplimiento de la ley (anomia) mediante prácticas "subterráneas" (ilegales) o elevarse, práctica y moralmente, para tratar de ver desde arriba el obstáculo (la inmoralidad reinante) para removerlo mediante la técnica y el trabajo.

Estoy pensando tanto en las nuevas ideas del progreso propuestas por Jorge Wagensberg y su equipo de filósofos y científicos ⁽¹⁰⁾ como en el sistema de desarrollo integral que viene desarrollando Mario Bunge ⁽¹¹⁾. Mi enfoque es sistémico porque para resolver los problemas de la gente es necesario apelar tanto a las ciencias físico-naturales como a las humanas y sociales mediante un instrumento de pensamiento totalizador que se ubique en el centro de la brecha epistemológica que separa el pensamiento sobre el hombre y la sociedad del que corresponde a la naturaleza, las matemáticas y la lógica formal.

(10)
Jorge Wagensberg y Jordi Agustí,
El Progreso, ¿Un concepto acaba-
do o emergente?, Colección
Metatemas, N° 52, Libros para
pensar la ciencia, Barcelona,
1998, 339 págs.

(11)
Idem (2).

La elevación necesaria para salir del laberinto o salvar el obstáculo la da la ética que, como disciplina filosófica, entiende en los fenómenos que plantea la inmoralidad y da las pautas de reflexión necesaria para saber cómo se debe ser y obrar en la vida. Pero luego, al observar la realidad desde arriba, es necesario usar la ciencia, la tecnología, la técnica y la innovación para modificarla, si está mal, o mejorarla, si está bien. Sólo una educación en la excelencia, la responsabilidad y el trabajo permite esto. Nuestro sistema educativo y nuestra realidad de las relaciones familiares actuales no lo permiten. Se tiende a nivelar para abajo, a la irresponsabilidad y la desidia. Esto es criminal en relación con las generaciones que nos siguen en la lucha por la vida.

Sólo mediante la ética podremos rescatarnos del obstáculo laberíntico que nosotros mismos nos hemos creado. Para que el Minotauro no termine con nosotros y dado que nuestra irracionalidad del último medio siglo nos ha privado del hilo conductor para salir de él,

creo que debemos elevarnos éticamente para estar **sobre el laberinto**, pensarnos y actuar en consecuencia.

La ética de siempre, la única no especializada, la que elaboraron los filósofos de Aristóteles en adelante debe gobernar todos nuestros actos pero, sobre todo, los de los sacerdotes, docentes, hombres de armas, jueces, abogados y políticos. La fe, el conocimiento, la violencia legal, la ley y la acción política requieren hoy, más que nunca, de la ética. No veo otra solución para que sigamos produciendo hechos realmente históricos, de valor para su análisis futuro por parte de descendientes que quieran seguir nuestro ejemplo. De otra manera, lo nuestro será intrascendente para el resto del mundo y le negaremos el futuro a los habitantes de este querido país. Entonces alguien dará cuenta de nosotros o de los que nos sucedan en este laberinto sin salida.

San Martín nos independizó de España, junto con Chile y Perú, haciendo gala de su coraje y de su ética. Es por eso que siempre hablamos de las virtudes sanmartinianas aunque no las llevemos a la práctica. ■



PUBLIQUE SU AVISO

El Boletín del Centro Naval es financiado por sus socios y el generoso aporte de profesionales, empresas y otras organizaciones, que publican en sus páginas avisos sobre sus servicios y productos. Comuníquese con nosotros para publicar el suyo.

Aviso	Color	Blanco y negro
1/2 página	\$ 384.-	\$ 264.-
1 página	\$ 640.-	\$ 480.-

Descuentos por contrataciones de más de 1 número.
Por publicidad en retirada de tapa, contratapa y retirada de contratapa, consultar tarifas.